

LA MINA

Estos hombres terrosos, roídos de amarillo, arañan las entrañas del hambre, llegaron a este monte de Vizcaya desde Valladolid, Cáceres, Zamora, estoy con ellos estos días de febrero -la niebla alcanza nuestra cintura-, escuchando los raíles, las piquetas, el agudo trepidar de la limpiadora; entramos en el barracón-comedor: anchas manos abarcan el pan, empuñan la cuchara, mastican despaciosamente, acaso con un rictus de rabia. A las cinco de la mañana abordamos el funicular que, entre ortigales y algún arbolillo renco, sube rectamente a la cumbre..., suena la sirena de la tarde y reemprendemos la misma marcha, cayendo al sueño como a un pozo de fango, mientras la lluvia resbala por las paredes fatigadas de la noche.

Un sol anémico de domingo ilumina la plaza, el ^kquiosco de la música, los desvaídos letreros "ZAPATERIA" "LA CONCHA" "ULTRAMARINOS"; están los mineros parados junto al muro, entran o salen pausadamente de la taberna, no hay más que esperar otro día, otra semana, otro tiempo que ponga los vasos en su sitio.

